

# TODO MENOS UN MILAGRO

**S**IN bombas y sin mayores escándalos, con sutiles nudos diplomáticos, acuerdos comerciales y buenas maneras, Brasil sigue cumpliendo puntualmente sus planes expansionistas en América Latina.

Los recientes convenios (mayo 22) firmados por los Presidentes Ernesto Geisel, de Brasil, y Hugo Banzer, de Bolivia, se inscriben en esa dirección. Bolivia entregará a Brasil anualmente 240 millones de pies cúbicos de gas de petróleo, por un período de veinte años. Brasil construirá un complejo industrial integrado por una planta siderúrgica, otra de fertilizantes y una fábrica de cemento. La siderurgia llegará a producir novecientas mil toneladas de hierro y medio millón de toneladas de acero al año. La de cemento producirá mil toneladas diarias, y la de fertilizantes la misma cantidad de urea.

Los créditos iniciales que otorgará Brasil a Bolivia para poner en marcha este «polo de desarrollo» alcanzan los diez millones de dólares; cincuenta millones más entregarán para la constitución de un «fondo de desarrollo boliviano destinado a atender las zonas más atrasadas de Bolivia».

Brasil se compromete, además, a hacer los estudios de ingeniería para la interconexión ferroviaria transcontinental entre el puerto brasileño de Santos, en el Atlántico, y el chileno de Arica, en el Pacífico; a la vez que concede a Bolivia cuatro «zonas francas» en los puertos de Belén de Pará, Santos, Corumbá y Porto Velho.

El año pasado, Brasil llegó a acuerdos de similar importancia con Paraguay para la construcción de la represa hidroeléctrica más grande del mundo en Itaipú, sobre el río Paraná. Las obras serán iniciadas este año y la central comenzará a funcionar en 1982.

La represa, con una potencia de doce mil kilovaltios y una capacidad de sesenta mil millones de kw/h. anuales, «tendrá reflejos inmediatos sobre las economías de Brasil y del Paraguay», según el director del proyecto, el brasileño Costa Cavalcanti.

El costo de la obra se elevará a tres mil millones de dólares, de los cuales entre el sesenta y el setenta por ciento será suministrados por la empresa estatal brasileña Electrobrás y el resto por empréstitos extranjeros.

La obra formará un lago artificial de mil cuatrocientos kilómetros cuadrados de extensión; ochocientos en territorio brasileño y seiscientos en territorio paraguayo.

Cuando en Uruguay, en junio de 1973, los militares, por inter-

medio del Presidente Juan María Bordaberry, clausuraron el Parlamento, el Banco Do Brasil extendió un crédito inmediato de treinta millones de dólares al Gobierno uruguayo. Representantes de la oposición denunciaron que trescientos camiones militares atravesaron la frontera desde Brasil a Uruguay. En anteriores cri-

Los frigoríficos de Río Grande Do Sul han tenido un auge extraordinario operando la carne uruguaya que entra de contrabando.

El Gobierno brasileño fue de los primeros en reconocer a la Junta Militar chilena que derrocó al Presidente Salvador Allende. La identificación de ambos regímenes tuvo confirmación con la

## Ernesto González Bermejo

sis políticas uruguayas, los brasileños realizaron al borde de la frontera las maniobras «Poncho Verde» que movilizaron diez mil efectivos dotados de equipo motorizado.

Se sabe que el veinte por ciento de los departamentos fronterizos de Uruguay con Brasil pertenecen a ciudadanos brasileños.

visita del general Augusto Pinochet a Brasilia, en ocasión de la toma de posesión de Geisel, el 15 de marzo de este año. Pinochet es partidario confeso de un «eje anticomunista» en América Latina, encabezado por Brasil e integrado por su país, Bolivia, Paraguay y Uruguay.

Son las piezas sueltas de un



A pesar del pregonado «milagro», la deuda exterior del Brasil, al asumir la presidencia Ernesto Geisel, sobrepasaba los trece mil millones de dólares.

rompecabezas que no es difícil armar. La doctrina Kissinger, que en el plano mundial pretende asegurar la paz sobre el equilibrio de fuerzas de Estados Unidos, la Unión Soviética, China, Europa Occidental y Japón, reserva para la «zona sobrante» (el Tercer Mundo), una estrategia que garantice la «paz imperial».

Piedra fundamental de esa estrategia es la teoría de los «key Countries», los países claves. Algunos países geopolíticamente decisivos por su ubicación, potencialidad económica, influencia política o capacidad represiva militar, están llamados a compartir responsabilidades con la metrópoli norteamericana, a ser gendarmes y «comisarios políticos» del centro imperial.

Brasil es uno (India, Rhodesia, Irán, aspiran a ese honor en otras zonas del mundo). Kissinger declaró al «Jornal do Brasil» (27 de septiembre de 1973): «Brasil, país al cual admiro, especialmente desde que estuve allí hace catorce años, está considerado uno de los «key countries» del mundo político moderno».

Los antecedentes del actual régimen brasileño se remontan a abril de 1964, cuando un golpe militar ultraderechista derrocó al Presidente Joao Goulart. Fue el momento inaugural de la etapa neofascista, hoy en pleno desarrollo en América Latina.

Como se sabe, el fascismo no es una casualidad. Es un remedio de caballo del capitalismo para perpetuarse a sí mismo. La expansión capitalista mundial de la década del cincuenta profundizó los abismos que separan la riqueza de los países desarrollados de la pobreza de siempre de las economías dependientes. Las tensiones sociales generadas por el crecimiento capitalista, bajo condiciones de dependencia, no pudieron ser contenidas por los sectores dominantes, en el marco del estado liberal constitucional. Surgieron las soluciones tipo Brasil: la implantación de un régimen de extrema derecha para impulsar una salida libre empresista, dentro del contexto de la dominación exterior.

Una solución, en esencia, igual que la que encontraron el capital monopolístico alemán e italiano a los problemas de entreguerra. Aunque el carácter dependiente del régimen brasileño lo asimile más a algún otro modelo europeo.

Similar solución ante similares problemas. Goulart no era comunista; era uno de los más fuertes latifundistas del país y nunca renegó de sus intereses de clase. Al contrario, quería protegerlos de

## TODO MENOS UN MILAGRO

un estallido social haciendo algunas reformas moderadas para liberar la presión de masas, demasiado postergadas. La política desarrollista de Kubistchek (1955-60), estaba en plena bancarrota. La economía brasileña era desgarrada por una contradicción cada vez más fuerte entre el sector moderno, impulsado por el desarrollismo, y el sector agrícola, muy atrasado. La necesidad de abrir nuevos mercados, de asegurar campos de inversión para los monopolios industriales y el capital financiero, era apremiante.

El proceso de industrialización encontraría un freno insalvable en las estructuras arcaicas de tenencia de la tierra; sería imposible crear un mercado interno para la industria. Goulart se propuso una «dinamización del mercado interno mediante la redistribución del ingreso», una modestísima Reforma Agraria, y favoreció la organización del proletariado. También, con vacilaciones, se inclinó a controlar los envíos de utilidades al extranjero. Getulio Vargas, en 1951, en un discurso titulado: «¡Es espantoso, brasileños!», había dicho que esas ganancias, en algunos casos, llegaban al mil por ciento del capital invertido.

Fue suficiente: la alianza de los monopolios del sector moderno y de los latifundistas, valiéndose de los militares, derrocó a Goulart.

El proyecto de Goulart era el mismo, básicamente, que proponía la Alianza para el Progreso a escala continental. Kennedy, que tal vez entró en razones después de Playa Girón, había dicho que «los que hacen imposible una revolución pacífica (en América Latina) volverán inevitable una revolución sangrienta». Asesinado Kennedy, el experimento de Goulart fue enterrado con él. El levantamiento militar brasileño marcaba el claro fracaso de la solución democrático burguesa para los problemas sociales y económicos de América Latina. Un fracaso que tiene ya tres décadas.

Bajo el régimen militar brasileño los salarios reales de los trabajadores sufrieron una drástica reducción, se produjo una concentración y centralización económicas con liquidación de pequeñas industrias y comercios, se intensificó la tasa de explotación del trabajador industrial, se extranjerizó la industria, se abrieron de par en par las puertas a la inversión extranjera y se dieron todas las facilidades para la extracción de utilidades. El paraíso de la libre empresa. Delfim Neto, el ex ministro de Economía, dijo: «Queremos desarrollar el país dentro del sistema capitalista. Tenemos la creencia de que el desarrollo económico puede ser emprendido a través de un sistema de libre empresa».

Para poner en marcha el «mila-

gro económico» sólo hacía falta ajustar algunos detalles: aplastar toda oposición popular, convertir el país en una cámara de tortura, fusilar a los dirigentes revolucionarios. Se hizo. Como dice el Frente Brasileño de Información: «Debido a que la violencia política, los crímenes cometidos en contra de los opositores y el pueblo, se realizaron precisamente para lograr niveles más altos de explotación de los trabajadores, el modelo económico es inseparable del modelo político que todos conocen».

Cuando Garrastazú Médici entregó el mando a Geisel, en marzo, hizo un resumen de los resultados del «milagro»: la tasa de aumento del producto interno bruto pasó del 9 por 100 en 1969 al 11,4 por 100 en 1973; el ingreso por habitante creció aproximadamente un 40 por 100 durante esos cuatro años (de 428 a 530 dólares). Durante el mismo período se triplicó el valor de las exportaciones (6.000 millones de dólares en 1973), y el monto global del comercio exterior (importaciones y exportaciones) pasó de 4.300 millones de dólares en 1969 a 12.214 millones en 1973.

Otras maravillas: crecimiento de la producción de electricidad, más del 58 por 100, y de la producción industrial, más del 16 por ciento.

El panegírico omitía algunos datos molestos: que la deuda externa de Brasil, al asumir Geisel, sobrepasaba la cifra de trece mil millones de dólares (más de dos años de exportaciones netas), y que casi se triplicará al concluir su mandato; que Brasil deberá pagar en 1974 alrededor de 3.700 millones de dólares, la mitad de sus exportaciones, por el combustible importado.

El formidable déficit externo de la economía brasileña, consecuencia de su dependencia, sigue siendo el punto vulnerable de su pregonado «milagro». El país está metido en un círculo infernal de endeudamiento externo, por el cual tiene que endeudarse cada vez más para pagar los intereses y amortizaciones de deudas anteriores. Lo que, en una espiral sin fin, lo conduce a un aumento de los pagos de intereses y amortizaciones que exigirán, a su vez, nuevos endeudamientos.

Pero las loas de los informes oficiales descuidan responder otra cosa: ¿a quién favorece el tal milagro? El Club de los Privilegiados, en Brasil, incluye sólo al 5 por 100 de la población. ¿Qué pasa con los demás? Hay datos que a uno le hacen dudar si Brasil será un país o una catástrofe. El 20 por 100 de los niños brasileños mueren antes del primer año de su nacimiento; la mitad, antes de cumplir los cinco años. Es como si toda la po-

blación del país sucumbiese en dos generaciones; muere un niño cada cuarenta segundos, 85 por hora, 2.040 al día.

La escritora Ivonne Jean dirá: «¿Recuerdan la blitz de 1940 que mató tantos civiles en Holanda, Bélgica y Francia? ¿de todo lo que pasó cuando los nazis diezmaron Europa? ¿me creerían si les dijera que en Brasil, y en plena paz, el hambre mata anualmente más niños menores de un año que todos los que sucumbieron en la última guerra bajo los bombardeos nazis?».

Trece millones de brasileños de las áreas pauperizadas no usa calzado, y se explica por qué: el salario mensual de un trabajador en esas zonas es inferior al precio de un par de zapatos. Once millones viven hacinados en viviendas insalubres; cinco millones en habitaciones sin instalaciones sanitarias.

El conjunto de los brasileños

de fronteras (1). El «subimperalismo» funcionaría como conducto de ampliación para las empresas multinacionales y como generar represivo de los intentos de liberación en los países vecinos.

No es casual la correspondencia que se da, desde entonces, entre el flujo de los movimientos populares latinoamericanos y la aplicación de la «fórmula brasileña». La Bolivia nacionalista de J. J. Torres desembocará en el régimen fascista de Banzer; el Uruguay de los tupamaros y el Frente Amplio, en la más implacable represión de la historia del país; el Chile popular de Allende en un genocidio de proporciones desconocidas en América Latina. En todos los casos, con mayor o menor intervención de Brasil; en todos los casos, para reafirmar las relaciones de dependencia y el saludable funcionamiento de la libre empresa.



Se sabe que el veinte por ciento de los departamentos fronterizos de Uruguay con Brasil pertenecen a ciudadanos del último país. Brasil es además un importante sostenedor del régimen de Bordaberry.

puede aspirar a vivir cuarenta y seis años; si es nordestino, veintiseis. La mitad de la población de cien millones de habitantes está afectada por la tuberculosis; cien mil personas mueren de esa enfermedad todos los años.

A ellos no hay milagro que los salve.

Estados Unidos descubrió, finalmente, que la «fórmula Brasileña» era la única posible para contener el auge popular en América Latina que siguió a la Revolución Cubana. La vieja máxima de Kennedy sufrió algunas alteraciones: ya que no era viable una pretendida «revolución pacífica», ¿por qué no aplicar una «contrarrevolución sangrienta»? Una vez que el modelo se impuso en Brasil, había que exportarlo.

Brasil sería el «líder de área» en la aplicación de esa estrategia. No sólo concurrían razones políticas, el propio desarrollo de Brasil le impulsaría a buscar mercados y campos de inversión fuera

La expansión brasileña acompaña como una sombra este proceso. La penetración de Bolivia se cumple en tres etapas, analizadas por el notable ensayista Paulo R. Schilling (en «Marcha», Montevideo). La primera, con la participación decisiva de los servicios de inteligencia de Brasil en el planeamiento, financiamiento y dirección del golpe de Estado que derrocó a Torres en agosto de 1971.

Inmediatamente comienza la segunda etapa. Como lo señalaba el general Luis Reque Terán, ex ministro de Defensa boliviano, «después de la caída de Torres los aviones brasileños siguieron llegando, pero ya no bajaron ar-

(1) Y no sólo en América Latina. La simpatía aparentemente inexplicable por el general Spínola que se expresó en círculos oficiales brasileños tiene mucho que ver con necesidades diplomáticas de Brasil para su expansión en África: la «mala imagen» que le daba su estrecha vinculación con el régimen de Caetano no era nada conveniente para sus fines.



La autopista transamazónica unirá, a través del Perú, el Pacífico con la costa atlántica brasileña.

mas de ellos, sino hombres de negocios». Las inversiones brasileñas en Bolivia se pusieron de moda. El Banco do Brasil, con sucursales en La Paz y Cochabamba, se convirtió en un factor de poder en la vida boliviana.

Paralelamente se cumplía la ocupación física del territorio boliviano. Estancieros y colonos brasileños avanzaban por el sur (especialmente hacia la estratégica provincia de Santa Cruz: hierro, pasturas, petróleo) y *seringueiros*, por el Norte, en la región amazónica boliviana. El director de la Policía Federal del Estado de Acre, dice que, sólo de su región, se trasladaron seis mil familias brasileñas a territorio boliviano.

La tercera etapa de penetración acaba de iniciarse con la firma de los acuerdos presidenciales: es la que conduce a la integración total y definitiva de Bolivia al Brasil. «Si se concretan los proyectos —escribe Schilling—, Bolivia estaría de tal manera vinculada a la economía brasileña, la dependencia sería tanta, que su identidad nacional desaparecería».

Como en el caso de la represa de Itaipú, que selló la integración de Paraguay, los actuales proyectos brasileños en Bolivia buscan efectos adicionales: el aislamiento argentino y la hostilización al régimen peruano.

Para los geopolíticos brasileños no alcanza con acelerar al máximo el propio desarrollo; la hegemonía de Brasil requiere obstaculizar el de eventuales rivales. La construcción de la represa de Itaipú afectará la utilización del potencial hidroeléctrico por parte de Argentina. La siderurgia que se construirá en territorio boliviano tiene también como objetivo impedir que las formidables reservas de hierro del cerro Mutún lleguen a ser comercializadas con Buenos Aires (2).

La vía ferroviaria Atlántico-Pacífico, no sólo culminará un viejo sueño de los estrategas militares brasileños, para quienes Brasil no podrá llegar a ser una potencia mundial sin tener el control de los dos océanos, sino que exacerbará la reclamación boliviana de salida al mar, poniéndola en conflicto con Perú.

Para el «The New York Times» (4-II-74), «el mejor ejemplo de la expansión brasileña en Sudamérica es el Uruguay, cuya democracia fue liquidada en junio de 1973 por los militares según el modelo brasileño; desde entonces los sindicatos, la prensa y las instituciones democráticas han sido anulados o reprimidos».

«Hoy en día, los inversores brasileños —dice «The New York Times»— están particularmente atareados en el Uruguay, comprando tierras y dominando el comercio, y la penetración brasileña en el Uruguay ha encontrado aún menos obstáculos que en Bolivia».

Aun así, la gran adquisición de Brasil ha sido Chile. Pinochet le declaraba a un periodista paraguayo: «Lo que falta a un Estado lo tiene otro, la escasa población de uno se compensa con el mayor número de vecinos, y para abaratar los costos se necesita de grandes masas de consumidores, lo que se logrará con la integración de un superestado sudamericano capaz de enfrentar el peligro anticomunista». No es difícil suponer que Pinochet distingue a Brasil como líder de ese superestado, la fuerza dirigente de la internacional fascista que propuso en su viaje a Brasilia. Una idea que, como vimos, se le había ocurrido hace bastante tiempo a los Estados Unidos. ■ E. G. B.

(2) Schilling explica que a Brasil no le interesa el hierro boliviano, pues tiene sus propias reservas en Minas Gerais, en la Sierra de los Carajás, en la Amazonia y en el cerro hermano del Mutún, el Uruicum.

La proporción entre la producción de acero de Brasil y Argentina, ahora 3-1 a favor de Brasil, seguirá aumentando: en 1982 la producción brasileña será de seis a ocho veces mayor que la argentina.

#### FUENTES CONSULTADAS

«La Nueva Cara del Fascismo», de Dick Parker, Santiago, 1972. «La crisis brasileña», de Jao Maia Netto, Buenos Aires, 1965. «Revolución y Contrarrevolución en Brasil», de Franklin de Oliveira, Buenos Aires, 1965. Informe CEPAL (1973), Paulo Schilling, «Marchas», Montevideo.



Once millones de brasileños viven hacinados en viviendas insalubres; cinco millones, en habitaciones sin instalaciones sanitarias. En la foto, una de las favelas surgidas en la moderna Brasilia.